El peso de las palabras

Título: El peso de las palabras

Autora: Liliana del Rosso
ISBN: 9798197389596
Fecha de publicación: junio 2026

@lilianadelrosso

© Todos los derechos reservados
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
(Derechos de autor) Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

El peso de las palabras

Liliana del Rosso

Mentiras disfrazadas de verdad.
Secretos que emergen cuando nadie los llama.
Un vanidoso espejo que distorsiona la imagen de quien
se atreve a mirarlo.
Realidad y ficción, imposibles de separar.

Capítulo I
Realidad o ficción

Algunas historias se convierten en best sellers. Muchas son solo ficción, hasta que eligen a sus víctimas y cobran vida propia.
Pero otras nunca deberían haberse publicado.

Sin fisuras

Ella nunca imaginó que su novela podía convertirla en cómplice de asesinato.

Cuarenta minutos. Caterina contó cada uno de ellos. Estaba sola en la sala de interrogatorios de la comisaría de Barcelona. Un rectángulo aséptico, sin ventanas, con una luz gélida concentrada sobre la mesa y las tres sillas metálicas. El ruido sordo del reloj sobre la puerta marcaba cada segundo.

Sus dedos repiqueteaban sobre la madera. Cada golpe vibraba en sus oídos. Se observó en el espejo de la pared lateral, consciente de la mirada invisible que llegaba desde el otro lado. Su reflejo le devolvió la imagen de una mujer que fingía compostura profesional, aunque el pequeño temblor en el párpado derecho la traicionara. Se apartó un mechón de pelo de los ojos. Revisó su agenda por tercera vez. Cogió el bolígrafo y escribió en mayúsculas: Mañana de lunes policial. Tarde de entrevista en TV3.

Dos mundos que nunca debieron cruzarse.

Cerró la agenda con un golpe seco y la guardó en el bolso. Tensó el cuerpo, dispuesta a levantarse y exigir una explicación. La puerta se abrió. Dos hombres entraron. El cerrojo encajó. Un sonido pequeño, definitivo. El más joven avanzó hasta la mesa sin decir palabra. Su presencia cargó el aire de una autoridad hostil.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla como si ya supiera lo que iba a encontrar. Caterina apretó el bolso contra el pecho mientras le sostenía la mirada. Él bajó la vista hacia el libro que traía en las manos y leyó el título:

—Viudas de profesión.

Su voz grave despojó a las palabras de cualquier atractivo. Lo que su editora había planeado como una insinuación seductora sonaba ahora como una condena.

El inspector soltó el libro sobre la mesa. El impacto hizo que Caterina diera un respingo; su mano voló para evitar que el ejemplar cayera al suelo.

—¡Inspector! Vamos a ser civilizados —intervino el hombre mayor. Su sonrisa era la de alguien acostumbrado a parecer razonable—. Sentémonos. No queremos intimidar a nuestra invitada, ¿verdad?

Invitada pensó. *Como si hubiera llamado yo a la puerta.*

El comisario indicó al joven su lugar en la mesa.

El inspector se sentó sin apartar los ojos de Caterina. El chirrido de la silla metálica al ser arrastrada le recorrió el cuerpo. Se sentaron frente a ella. El mayor extendió la mano: Comisario Sánchez e inspector Rovira. El joven tomó el libro de nuevo y leyó el nombre de la portada:

—Catherine Bonnet. —Remarcó cada sílaba con parsimonia.

Caterina negó con la cabeza; una mueca de cansancio le tensó el rostro

—Mi nombre es Caterina Ferrer —corrigió con firmeza—. Catherine Bonnet es solo un seudónimo.

Una sonrisa nerviosa se le escapó antes de poder contenerla.

—Si lo desea… luego se lo dedico. Firmaré con mi nombre real para que no me olvide.

Cuando las palabras cruzaron sus labios, supo que había sido un error. Rovira no respondió. La observó inmutable. Ya había tomado una decisión y solo esperaba a los detalles.

El comisario Sánchez intervino:

—Supongo que no imagina por qué está aquí. Necesitamos que aclare algunos puntos sobre su… atrevida obra.

Caterina se llevó la mano a la frente y cerró los ojos. El recuerdo de Adele, su editora, la golpeó como un portazo: «*Caterina, este libro tiene un potencial enorme… pero podemos llevarlo un paso más allá. Lo haremos irresistible*.»

La voz de Sánchez la trajo de vuelta.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere agua, un café? —El comisario hizo un gesto a Rovira para que aflojara la presión.

Aquel respiro no la alivió. Al contrario, sintió cómo su estrategia de meses atrás empezaba a desmoronarse. *Quizás se nos fue la mano*. Una punzada de atravesó el estómago.

—No, gracias. Hace calor aquí —respondió y se abrió el cuello de la camisa.

—Perfecto. Continuemos —cortó Rovira.

—Continuemos. —Intentó sonreír, pero el gesto se le quedó rígido en los labios.

Rovira abrió el libro por una página marcada con una pestaña roja.

—He leído un fragmento donde describe un homicidio. Página veintiséis: «Cuando los recuerdos queman». ¿Quiere que se lo lea?

—No. Conozco mi obra. —Caterina sonó más aguda de lo que habría querido—. Es ficción. La recreación de una casualidad que podría darse en cualquier familia aficionada a las setas. Nada de eso es verdad.

—Nombres, escenarios y fechas coinciden con la muerte de un pariente suyo. —Rovira la miró sin pestañear—. El marido de Berta Ferrer. Su tía, ¿verdad?

Caterina sintió un latido fugaz en las sienes.

El inspector sacó un recorte plastificado.

—Es de *La Vanguardia*, publicado días después de los hechos. —Rovira leyó en voz alta:

> «10 de junio de 2008: Se paralizan de nuevo las obras del Parque de Sant Andreu. El arquitecto Luis Yáñez, director del proyecto, falleció anoche en el Hospital Clínico de Barcelona. Qué ironía: un paisajista muerto por la ingesta de setas recolectadas en sus propios pinares…».

Rovira dejó de leer. El silencio que siguió fue denso. Caterina buscó el tacto de su bolso. Necesitaba aferrarse a algo tangible

—Lo de la intoxicación fue un bulo que surgió en el pueblo.

El comisario Sánchez apoyó los codos en la mesa. El olor a café rancio y tabaco frío la alcanzó.

—Pero en el libro no es así.

—Podría aclararnos este detalle —intervino Rovira, señalando una línea subrayada—. Usted describe el plato como «demasiado especiado con tomillo». ¿Qué quiso insinuar? ¿Qué era para ocultar un sabor extraño?

El tic del párpado regresó.

—Es un recurso narrativo —logró articular—. La literatura necesita conflicto, sospechas. Si hubiera escrito

que murió de un infarto, no habría vendido ni diez ejemplares.

Rovira se inclinó levemente antes de continuar.

—En su novela, Caterina, la mujer del arquitecto no es una viuda afligida. —Insistió Rovira—. Es una viuda de profesión.

—El artículo continúa, pero con esto es suficiente. —Rovira dio un golpecito seco sobre el recorte—. Aunque el broche de oro es su propia presentación.

Abrió el libro por las primeras páginas y leyó:

—«Hasta las familias más encumbradas tienen un cadáver que esconder. Basada en hechos reales».

Levantó la mirada. La acusación estaba ahí, sin disfraz.

—Usted proclama que en su familia hay un asesino. Quizás más de uno.

Caterina lo escuchaba perpleja. Su sonrisa se había desvanecido.

—Quizás… —El gesto de su entrecejo la delató—… quizás nos excedimos con los matices literarios.

Rovira cerró el libro con un chasquido y se lo deslizó al comisario. Sánchez lo abrió por la mitad, sin mirar las páginas.

—Señorita Ferrer, no está acusada de nada —Su tono, aunque cordial, tenía el filo de quien no pregunta por curiosidad—. Solo necesitamos que nos ayude a aclarar ciertos puntos.

Cerró el volumen con lentitud.

—Lo que no entiendo es qué pretendía siendo tan… —movió la cabeza y una mueca de desconcierto quebró su

rostro apacible—. Descarada, es la palabra que estaba buscando. Nadie publica algo así porque sí.

Una presión súbita le estalló en el pecho. Caterina se masajeó las sienes; el aire se había vuelto irrespirable. Cada inhalación se quedaba entrecortada.

Exhaló despacio, soltando un peso invisible. Apoyó los antebrazos sobre la mesa, entrelazó las manos y bajó la mirada, buscando la forma más limpia —y menos comprometedora— de explicar aquel enredo editorial.

—A ver cómo se lo explico… —Tomó el libro. El papel crujió bajo sus dedos—. Esa frase fue una sugerencia de mi editora. Puro marketing. —Se obligó a sonreír, pero solo logró un temblor en los labios—. Ya saben: nada engancha más que el morbo. Eso era todo.

Cerró el volumen con delicadeza, como si guardara algo frágil.

—Pues parece que funcionó de maravilla —comentó Sánchez—. Número uno en ventas. Traducido al inglés y al francés.

Rovira recuperó el libro. Pasó las páginas con el pulgar hasta detenerse en el tercer capítulo.

—«Enviudar parecía la mejor opción» —leyó, modulando cada palabra con ironía—. Dígame, ¿los homicidios también fueron idea de su editora?

Caterina parpadeó. El silencio se prolongó un segundo de más; sentía que algo se le escapaba sin poder nombrarlo.

—Inspector… —Pestañó y gesticuló con las manos—. Lo siento, no recuerdo su nombre.

—Rovira. Bernat Rovira —respondió él con una altivez casi ceremonial.

—Disculpe el despiste, inspector Rovira.

Se aclaró la garganta.

—Los asesinatos no son reales. —Se detuvo—. Quiero decir… utilicé hechos de mi familia. Cosas que se comentaron en su día, habladurías. Lo envolví en ficción. —Una pausa—. En el primer borrador, las historias eran más simples. —Miró el libro que estaba sobre la mesa—. Mi editora creyó que necesitaba más fuerza. Más… tensión dramática. Eso es todo.

—En el capítulo nueve —interrumpió Rovira, sin levantar la vista del libro—, la narradora dice que algunas historias no necesitan ser verdad para ser ciertas. —Levantó la vista—. Es una frase suya, supongo.

—Sí. —Ella elevó la barbilla y respiró profundo.

Nadie habló durante varios segundos

—Revisaremos su trabajo con lupa —dijo Rovira, inclinándose hasta invadir su espacio—. Su fama no la protegerá, señorita Ferrer. Si hay un asesino en su familia, todos terminarán en la cárcel. Y usted, por encubrimiento.

Dicho esto, dejó el libro sobre la mesa con cierta parsimonia y alineó el recorte con el borde de la mesa. Un gesto pequeño, casi inconsciente.

Caterina retiró las manos de la mesa y enderezó la espalda.

—Bueno… las abuelas no. —Alzó una ceja—. Ellas están muertas. Y, de hecho, sus historias son las más interesantes. —Tomó el bolso con un movimiento calculado—. ¿Hemos terminado? Tengo otros compromisos relacionados con mi libro.

—Sí, hemos terminado —intervino el comisario, lanzando a Rovira una mirada de reproche—. Por favor, no se aleje de la ciudad. Podríamos necesitarla de nuevo.

—Por supuesto.

El tono cordial del comisario le animó a preguntar:

—Tengo curiosidad. ¿Por qué este interés repentino? El libro salió hace ocho meses.

Sánchez suspiró, midiendo sus palabras.

—Solicitaron reabrir un caso antiguo. Entre las pruebas que aportaron… estaba su novela.

—Vaya. ¿Y quién es esa persona?

—Es confidencial.

—Entiendo.

Sánchez la acompañó a la salida. Caminaron por el pasillo hablando del éxito editorial. Ella avanzaba con pasos medidos. Detrás, la mirada de Rovira se clavaba en su nuca. Al llegar a la puerta, Caterina se detuvo y giró ligeramente la cabeza.

—Esta tarde les haré llegar unos ejemplares firmados. —Sonrió con frialdad—. Para que puedan releerlo con tranquilidad.

Salió con paso firme, casi orgulloso. La puerta se cerró tras ella. En la acera, ya sin testigos, Caterina se quedó inmóvil. Las manos comenzaron a temblarle por primera vez en toda la mañana.

El precio de la arrogancia

El aire de la calle se filtró por la puerta entreabierta, cargado del eco de los tacones de Caterina y un rastro de su perfume.

—Dejó una estela muy personal —murmuró Rovira.

—Demasiado intensa para mí gusto.

Sánchez se aflojó la corbata mientras avanzaba hacia la ventana del pasillo.

Rovira lo siguió.

—¿No cree que se esforzó demasiado en fingir tranquilidad?

El comisario soltó un resoplido de agotamiento.

—Las mujeres de esa familia, cuando quieren algo, no conocen límites. —Se giró hacia su subalterno—. Aunque sea solo publicidad, algo no me cuadra. Berta Ferrer quedó destrozada tras la muerte de su marido.

Rovira dio un paso al frente.

—¿Las conoció personalmente?

Sánchez lo observó dudando. Sus dedos repiquetearon contra el alféizar.

—Formé parte de la investigación original. —Miró por la ventana y admitió con pesadez—. La orden de cerrar el caso vino de arriba.

—¡De arriba! ¿Por qué?

—Ese tal Luis estaba metido en negocios sucios. Si tirábamos del hilo, caerían nombres importantes. Casi arruinó la empresa de las Ferrer y la reputación de media ciudad.

¿El asesinato quedó sin investigar?

—Oficialmente fue un infarto —respondió el comisario con una ironía amarga—. El rumor del veneno salió del pueblo. Sant Sadurní d'Anoia odia a esas mujeres.

—Eso es más que un simple rumor

—Tras la muerte de Luis, trasladaron la producción a Barcelona en plena crisis. Cientos de personas terminaron en la calle. Ya te imaginas.

—Se ganaron la antipatía a pulso.

Sánchez lo ignoró.

—Aquello fue doloroso para ellas. Muy doloroso. Y revivirlo así… con ese descaro. Es demasiado, incluso para una Ferrer.

Finalmente lo miró de frente. Sus ojos tenían una dureza que el joven inspector no conocía.

—Algo están escondiendo, Rovira. Y no son las muertes.

—¿Entonces qué?

—Eso es lo que vamos a averiguar. —Sánchez echó a andar hacia su despacho—. Acelera la orden de registro. Quiero cada factura y documento de esa familia sobre mi mesa antes de que acabe el día. Espera… ve tú mismo a hablar con la editora. Esa tal Adele tiene que saber algo.

Rovira asintió. Antes de marchar, lanzó una mirada hacia la puerta por la que había salido Caterina. Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

Esto va a ser interesante.